

Una madre

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

DIANA ARADAS

Una madre

XXVIII PREMIO DE NOVELA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

el paseo, 2023

Esta novela, *Una madre*, de Diana Aradas, resultó ganadora del XXVIII CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2021/2022), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 28 de noviembre de 2022, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Felipe Benítez Reyes, Eva Díaz Pérez, Remedios Zafra y David González Romero (en representación de El Paseo editorial).

© Diana Aradas Blanco, 2023
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023
www.elpaseoeditorial.com

1.^a edición: agosto de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Alejandro Gago
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-32-8
DEPÓSITO LEGAL: SE-1535-2023
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

1	II
2	18
3	23
4	26
5	30
6	37
7	43
8	47
9	51
10	54
11	58
12	61
13	65
14	68
15	73
16	78
17	81
18	84
19	87
20	90
21	93
22	97
23	101
24	103

25	I06
26	I08
27	I11
28	I16
29	I19
30	I22
31	I27
32	I30

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSION

A Silvana

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Al fin dejo de oír los silbidos que anoche se me instalaron en el pecho. Inspiro con normalidad y miro por la ventana, el único orificio que deja respirar a la habitación. Me siento aquí cada tarde y observo el paisaje dividido en dos rectángulos perfectos. Arriba, el cielo y abajo, el mar. En la parte superior, a veces, un pájaro, una gaviota o un alcatraz. En la inferior, algún pequeño barco adentrándose en la costa. Los sonidos solo llegan si abro la ventana.

Mi pulmón derecho se ha detenido; o puede que se trate del izquierdo. Desde que tenía unos diez años tengo esta extraña capacidad que no he contado a nadie jamás. Puedo dejar de respirar, de un pulmón o de ambos. Durante unos instantes, me quedo completamente sin aire. El miedo que siento es el que deben de sufrir los buceadores; el temor a agotar el oxígeno necesario para mantenerse con vida durante la inmersión.

Pero no puedo decirle nada de esto a nadie. Soy consciente de que no debo hacerlo; los demás no suelen aceptar que una posea habilidades que a ellos les son negadas. Lo mismo me pasó con el lenguaje.

—Esta niña habla como la protagonista de una novela—dijo una vez tío Julio, cuando yo era pequeña—. Os lo advierto, si no le quitáis pronto los libros, llegará el momento en que no habrá forma de entendernos con ella.

Por suerte, me dejaron seguir leyendo todo lo que quería.

De cualquier forma, puede que el tío no estuviese tan desencaminado. No sé si la culpa es mía o de quién, pero lo cierto es que los seres humanos y yo somos como el pájaro que desea el grano y el campesino que vigila los sembrados. Tampoco miento cuando digo que ser un cuervo no estaría nada mal. O una gaviota; las gaviotas son las reinas del mar.

Soy joven. Parece que demasiado joven para moverme con libertad. Y todo a pesar de que, sin duda, habré cumplido ya los veinte años. No estoy segura de nada porque, cuando me falla la respiración, la cabeza se me embota y pierdo la noción del tiempo. O eso creo. Me pregunto qué sentirán los hombres de las escafandras antes de morir por falta de oxígeno.

Piensan que no estoy preparada para el mundo; que puede hacerme daño. Es por eso que me obligan a permanecer aquí durante horas, sin otra cosa que hacer que mirar al infinito.

Escucho una gaviota; su dolorido grito es una llamada de auxilio, una sirena atrapada en la red de un marinero. Debe de estar sobre el tejado, justo encima de mi cabeza. Ahí está, sí. Ahora la veo adentrarse en el mar, con las alas extendidas, como un avión.

—Emiliana, ¿estás ahí? —grita mamá desde la cocina.

Este piso es tan pequeño que resulta posible escucharla desde cualquier rincón. Cuando canturrea extrañas melodías, de esas que desconozco porque pertenecen a otra época, no consigo zafarme del sonsonete.

—¿Vienes a comer? —pregunta, desde lejos.

Se empeña en que me alimente bien y es tal su insistencia que a veces, aunque no tenga hambre, voy a la cocina

y pruebo unos bocados. Solo para que ella se quede más tranquila.

Me siento delante del espejo y pruebo a recogerme el pelo en una trenza, como cuando era una niña. Sin embargo, parece que he perdido la habilidad de entonces: la densa mata espigada de hace tan solo unos años es ahora una rala cola de caballo. Tal vez mamá tenga razón y, como han empezado a hacer las francesas, deba cortarme el pelo; he escuchado decir que es una señal de independencia y modernidad. A lo *garçon*, le llaman. Ella estaba empeñada hace unos años en que lo hiciese, pero yo, que no terminaba de abandonar la rebeldía de la adolescencia, no quise darle el gusto de cortarme la melena.

—Cualquier día, me levanto en mitad de la noche y te tronzo de raíz esa pelambreira que tienes —decía mamá por aquel entonces.

Y yo me pasaba las noches en vela, temiendo que se atreviera cumplir su amenaza. Luego comprendí que me rendiría al sueño, que no podría mantenerme vigilante durante toda la noche. Entonces empecé a guardar mi melena en una bolsa de plástico. Así, si finalmente las grandes tijeras de cocina se acercaban a mí, el sonido del envoltorio me despertaría y podría evitar la desgracia. Es cierto que esto nunca sucedió y hace tiempo que he descartado este rudimentario sistema. Sin embargo, creo que mi sueño se aligeró y, desde aquellos días, me despierta el revoloteo de una mosca en la habitación.

Y, si no, siempre está el cuchillo, un poco más abajo.

Lo mismo hizo mamá con mis pestañas, cuando era un bebé.

—¿Por qué crees que son tan largas y fuertes? —me decía después, cuando iba al colegio y la profesora me preguntaba, con evidente molestia, si me había pintado los ojos.

Mamá me repetía una y otra vez aquella historia; imagino que con la intención de persuadirme, aunque nunca lo consiguió. Sobre todo, cuando comencé en la escuela superior, donde me convencí de la necesidad de dejármelo largo. Y para muestra estaba el caso de Sansón a quien los filisteos habían vencido cortándole el cabello. Ya entonces, las niñas se burlaban de mi interés por este tipo de historias, pero yo siempre me he sentido tan lejos de ellas como cercana a los pájaros. Las aves y los humanos, dos especies animales irreconciliables. Baudelaire y su albatros; a eso se resume todo en esta vida.

Delante del espejo, pienso que tal vez un cambio de imagen no me siente mal. ¿Por qué no hacerlo yo misma, y en este mismo momento?

Con una mano sostengo la coleta, esta mata de pelo que almacena al menos cinco o seis años de mi vida, y con la otra aferro el cuchillo que guardo bajo la almohada desde hace algunos meses. Mamá no sabe que lo tengo, por supuesto; de lo contrario, se lo habría llevado hace mucho tiempo. Voy serrando, mechón a mechón, como haría un leñador con el tronco de un árbol. Los cabellos que van cayendo al suelo son rubio platino, casi blancos; tan finos y suaves como cuando era una niña.

Llaman a la puerta y me sobresalto. Los golpes son secos; parece que mamá está furiosa porque he cerrado con llave la habitación, el único espacio en que dispongo de un poco de intimidad. La oigo gritar y al instante escucho la voz masculina que la acompaña al otro lado de la puerta.

—Pero, ¿cómo la has dejado que se encierre? —pregunta el hombre.

—Si hubieses quitado la cerradura de una maldita vez... —le recrimina ella, en voz baja, como si intentara que yo no los escuchase discutir. Pero, desde hace algún tiempo, tengo un oído privilegiado. Tanto que algunas veces soy capaz de saber cuándo están hablando de mí, aunque se encuentren de lo más lejos, en el salón o en el dormitorio.

—Abre, Emiliana —La voz áspera y dura de papá (porque ahora sé que es mi padre quien me habla) se eleva por encima de la de mamá, que ahora parece estar sollozando—. Abre la puerta, solo queremos hablar contigo.

Me quedo quieta, agazapada en la misma esquina en la que, cuando era pequeña, me acurrucaba al saber que era él quien se acercaba. Cada vez que recuerdo el ruido de aquellos zapatos suyos me estremezco, aunque no logro concretar el motivo. Sin embargo, su voz, esta voz de lagartija con la que ahora se dirige a mí, nada tiene que ver con el vozerón que empleaba cuando yo era una niña y me gritaba: «¿Dónde te habías metido? ¿Puede saberse dónde te habías metido esta vez?».

La voz enérgica se sosiega. Mi madre sigue llorando al otro lado de la puerta, y sé que debo abrir, pues a ella no quiero hacerla sufrir.

—Pero no me obligaréis a dormir con la puerta abierta —digo.

Imagino que esta obsesión por cerrar con llave se remonta a la época en que temía perder mi larga y espesa cabellera.

Cuando abro el rostro de mi madre palidece. Luego, llevándose las manos a la boca, remedia lo que habría podido ser un grito. Mi peinado, el que siempre ha querido para mí, debe de impresionarla.